

Artes Plásticas//Visual Arts

Eva Lewitus: una historia de guerra y de amor. Reseña biográfica basada en sus *Memorias* y semblanza¹

*Eva Lewitus: A Story of War and Love.
Biographical review based on her Memoirs and portrait*

Frank Otero Luque²

© El autor. Artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional.



DOI: <https://doi.org/10.20453/ah.v68i2.7525>

Hija de Joseph Ewald Heller y Herta Lederer, naturales de Praga, Eva Lore (Eva Lewitus) nació en Aussig (*Ústí nad Labem*), en Checoslovaquia (actual República Checa), el 22 de octubre de 1927. Aussig es una pequeña ciudad sobre el río Elba, al noroeste del país, cerca de la frontera con Alemania.

Eva recuerda que, cuando Austria fue anexada a Alemania (*Der Anschluß*, el 13 de marzo de 1938), ella, sus padres y su hermano Holger, dos años mayor, escucharon los gritos de las masas enardecidas. «Ein Volk, ein Reich, ein Führer» (Un pueblo, un Estado, un líder). Sumamente preocupados por el avance de Hitler y de la bienvenida que le dio aquel pueblo, sus padres tomaron la decisión de abandonar Europa, pues los Heller-Lederer eran

judíos y corrían inminente peligro. Aussig estaba en riesgo de ser anexada a Alemania, por lo que decidieron refugiarse en la casa del abuelo paterno de Eva, el doctor Otto Heller, que vivía en Praga. Esta ciudad les parecía más segura y en la casa del doctor Heller había espacio suficiente para los cuatro. Desde allí podían buscar adónde emigrar. Se mudaron a tiempo, porque Aussig fue una de las primeras ciudades de Checoslovaquia en ser ocupadas. Trataron de convencer al abuelo de que se fuera con ellos pero él pensó que, como era checo y además médico, no le harían daño, por lo que decidió quedarse. Cuando se dio cuenta de su error, no consiguió el permiso, a pesar de que su hijo ya tenía una visa para él. Fue desgarrador para la familia dejarlo sabiendo a lo que estaba expuesto. El final fue trágico porque primero estuvo en el campo de concentración Teresienstadt y luego fue trasladado a Auschwitz, donde murió en una de las terribles cámaras de gas.

1 Texto publicado anteriormente como Otero Luque, F. (2014). Eva Lewitus: una historia de guerra y de amor. *Poetas y narradores del 2014* (pp. 112-119). Instituto de Cultura Peruana.

2 Escritor peruano (Lima, 1959) y autor del libro de cuentos *El Señor de Palpa* (Milla Batres, Lima, 2003). Ha obtenido reconocimientos por su narrativa breve y su labor como gestor cultural. Cuatro tomas fotográficas suyas fueron presentadas en la XX Exposición de Arte del Museo de Arte de Lima (2002).

Eva fue la primera en partir. Esa fue la primera vez que vio llorar a su padre. Sin saber inglés (su idioma materno era el alemán y también hablaba checo), el 12 de enero de 1939 voló a Londres con un grupo de 23

niños y niñas checoslovacos menores de 13 años que fueron rescatados por The English Barbican Mission to the Jews, un grupo de ingleses abocados a convertir judíos al cristianismo. La primera dirección de Eva en Londres —la cual le hicieron memorizar porque todas las casas se parecían— fue 13 Cliff Terrace St. Johns SE8. Cuando Londres ya no fue seguro, mudaron a los niños a Seven Trees y a Mount Zion, dos hogares comprados por la misión para este fin, en la quieta y rural Chislehurst (Kent).

Al poco tiempo —los últimos días de febrero del mismo año—, la madre de Eva viajó a Londres con la esperanza de volver a encontrarse con sus hijos, luego de numerosos inconvenientes para conseguir pasaje y de asegurarse de que Holger, quien superaba la edad límite aceptada por los benefactores ingleses, sería rescatado por ellos. Es así que el pequeño Holger llegó a Londres el 8 de marzo de 1939. Una semana más tarde, las tropas alemanas hacían su entrada triunfal en Praga. Habiendo estado acostumbrada a una vida confortable (el señor Heller era funcionario de una importante fábrica de briquetas de carbón), en un suburbio de la capital británica, la señora Heller se vio obligada a cuidar niños y hacer labores domésticas para mantenerse. Sin embargo, siempre motivada por su espíritu de superación, en noviembre de 1939 empezó a estudiar para partera en el Queen Charlotte's Hospital, en Londres.

En los últimos días de enero de 1939, el padre de Eva logró obtener una visa para viajar al Perú como representante del Instituto Checoslovaco de Exportaciones (Czechoslovakian Export Institute) en Arequipa. Sin embargo, a su arribo, la guerra ya se había encargado de relevarlo de sus deberes con dicha organización. No obstante, Lima prometía ser un lugar seguro para la familia y, luego de conseguir empleo con la firma Du Pont de Nemours (comercializadora de tintes, químicos y materiales sintéticos), obtuvo



las visas con la ayuda de la baronesa Lewetzow, con quien había hecho buenas migas en el Perú. Por fin logró que su esposa e hijos se embarcaran hacia el Callao en el último vapor (el Orduña), que, con este destino, zarpó de Liverpool. Las primeras alarmas de bombardeos aéreos ya sonaban en Londres cuando ellos partieron.

El Orduña fue acompañado hasta Bermuda por un nutrido convoy. A pesar de las precauciones, una de las naves fue alcanzada por un torpedo. La nave se hundió pero felizmente todos los ocupantes se salvaron. Después de sustos, malos olores, mareos de mar y de haber hecho varias escalas con y sin permiso para desembarcar —Bahamas y Bermuda, las primeras; Cuba (La Habana), Panamá (Colón) y Paita (Perú), las segundas—, finalmente, al cabo de más de cuatro semanas de travesía, arribaron sanos y salvos al Callao, en donde el señor Heller los esperaba ansiosamente. Por supuesto, fue un emotivo reencuentro.

Curiosamente, luego de un viaje tan largo desde Liverpool hasta el Callao (incluyendo un largo desvío a Islandia que tomaron para evitar sectores minados), fue el trayecto desde el Callao hasta San Isidro lo que le pareció interminable a Eva. «Cuando seamos ricos, viviremos en una casa así», les dijo el señor Heller al llegar a este lujoso distrito limeño, y, de pronto, el taxi se detuvo precisamente frente a la propiedad que él había señalado. Es así que, el 10 de setiembre de 1940, la familia logró reunirse en el Perú y se instaló a media cuadra de El Olivar.

Eva fue matriculada en el Lima High School (hoy María Alvarado), una escuela privada en donde no todas las clases se dictaban en inglés, así que rápidamente aprendió a hablar español. Fue una alumna destacada y buena nadadora; tanto así que incluso llegó a participar en las competencias de natación en el Estadio Nacional que

promovía la señora Olivia Ojeda de Pardón.³ Holger, el hermano de Eva, ingresó al Colegio Anglo Peruano, y su madre consiguió trabajo, primero como enfermera y luego como secretaria del pabellón de tuberculosos del Hospital Obrero.

A pesar de haber sido duro al comienzo, finalmente la suerte les sonrió a los Heller en el aspecto económico. Después de haber hecho «el negocio de su vida», relacionado con un embarque de coca con fines medicinales a Rusia, cierto día el señor Heller sorprendió a la familia con el ofrecimiento de concederles un deseo. Su madre quiso una refrigeradora; Holger, un viaje a Bolivia para reencontrarse con su amigo Fred de Noriega, que había emigrado desde Checoslovaquia; y Evichka pidió un piano que vino con profesor incluido «y consecuencias inesperadas». En ese entonces, Eva cursaba el cuarto año de secundaria.

El maestro de piano resultó ser el austriaco Hans Lewitus, uno de los músicos fundadores de la Orquesta Sinfónica Nacional de Lima, veinte años mayor que ella. Él había tocado el clarinete en el estreno mundial de *Pierrot Lunaire* de Schoenberg. También había sido clarinetista fundador de la Filarmónica de la entonces Palestina. «Habla el alemán igual que nosotros», encantada le comentó Eva a su padre, refiriéndose al acento de Hans.

Eva progresó mucho en sus clases de piano. Recuerda que les gustaba interpretar *The boat to Skye* (Skye es un lugar en Escocia), una melodía sentimental en la que Hans, que tocaba la parte del bajo, debía cruzar manos con Eva para alcanzar las notas más altas. Tocar a cuatro manos con el maestro «resultó muy peligroso» porque, a la edad de diecisésis años, Eva se casó con Hans y, posteriormente, tuvieron tres hijos: Víctor (Vicky), Erich y Ricardo (Palo).

³ Mi esposa y yo tuvimos la oportunidad y el privilegio de organizar una reunión para que Eva y la señora Olivia volvieran a verse después de muchos años.

Acompañando a Hans en varias de sus giras musicales, Eva se paseó por muchos lugares del Perú (costumbre viajera que mantiene hasta hoy) y aprovechó esa magnífica oportunidad para capturar las más hermosas escenas, primero con su fiel cámara fotográfica Rolleicord y, luego, con su inseparable e insuperable Hasselblad. En abril de 1954, Eva y su amiga Gitta Losch abrieron el estudio de fotografía Foto Art. Ese mismo año tomó y aprobó un curso por correspondencia de fotografía profesional en el New York Institute of Photography.

Eva empezó haciendo retratos, que es su verdadera especialidad, pero después tomó fotografías de todo tipo: desde modas, pinturas, joyas y cerámicas para catálogos, hasta turbinas malogradas. Tuvo que subirse a torres de agua para fotografiar fábricas, así como sobrevolar pueblos jóvenes en avioneta para registrar su expansión y desarrollo. Sin embargo, una de las actividades que más le gustó hacer a Eva fue tomar fotos de obras de teatro. Trabajó con Ricardo Roca Rey y con todo el elenco de la Asociación de Artistas Aficionados, con la Escuela de Arte Escénico (ENAE), con el Club de Teatro, con el

Acompañando a Hans en varias de sus giras musicales, Eva se paseó por muchos lugares del Perú (costumbre viajera que mantiene hasta hoy) y **aprovechó esa magnífica oportunidad para capturar las más hermosas escenas**, primero con su fiel cámara fotográfica Rolleicord y, luego, con su inseparable e insuperable Hasselblad.

Lima Theater Workshop, con los Good Companions y también con Die Szene, un grupo de aficionados de habla alemana. En el año 2007, Eva cambió la fotografía por la literatura y publicó *Blackie* (Alfaguara), un libro de cuentos para sus nietos y para «niños de cualquier edad» y, en el año 2009, publicó *Ñusta* (Book Surge Publishing), otro texto para infantes. Cabe mencionar que *Blackie* formó parte del plan oficial de educación y que la autora tuvo la ocasión de presentar el libro en María Alvarado (antes el Lima High School), el colegio en donde estudió.

Conocí a Eva en 1996, en un dinámico foro virtual de literatura que moderaba hábilmente Arturo Zúñiga (A. Z.), más conocido como el Azeta. Eva era la mayor del grupo. Su edad era equiparable a la de la madre o la de la abuela de muchos de nosotros; sin embargo, la energía, la alegría y el interés que pone en todo lo que hace la mantienen siempre vigente y joven de espíritu, que es donde precisamente radica la verdadera juventud. Cabe resaltar que Internet era una novedad en aquellos días en el Perú y que Eva, lejos de amilanarse ante la tecnología, la hizo suya para poder participar en este y varios otros foros virtuales. Mientras que Hans estuvo vivo, Eva nunca pudo acompañarnos en las tertulias que organizábamos para conocernos en persona, porque estaba dedicada a atender y cuidar a su esposo. Sin embargo, transcurrido un tiempo después de que Hans falleció, Eva nos abrió las puertas de su casa, en donde muchas veces nos reunimos los participantes del foro literario. En esa época, Eva vivía en la calle Buenos Aires (Miraflores), en una casita al fondo de un enorme jardín-huerto, primorosamente cuidado por sus manos. Allí solíamos «caerle» a cualquier hora y, a pesar de la impertinencia y de la bulla que hacíamos, jamás nos puso mala cara. Todo lo contrario:

nos engréa con galletitas e infusiones de alguna de las hierbas que cultivaba. En casa de Eva comí hasta flores y recuerdo que, en cierta ocasión, ante el ofrecimiento de una taza de té florido que le hizo a Carlos, uno de los «listeros» (así nos autodenominábamos), con un gran sentido del humor él le comentó que por el Día de la Madre le llevaría un atado de zanahorias.



Eva empezó haciendo retratos, que es su verdadera especialidad, pero después **tomó fotografías de todo tipo**: desde modas, pinturas, joyas y cerámicas para catálogos, hasta turbinas malogradas.

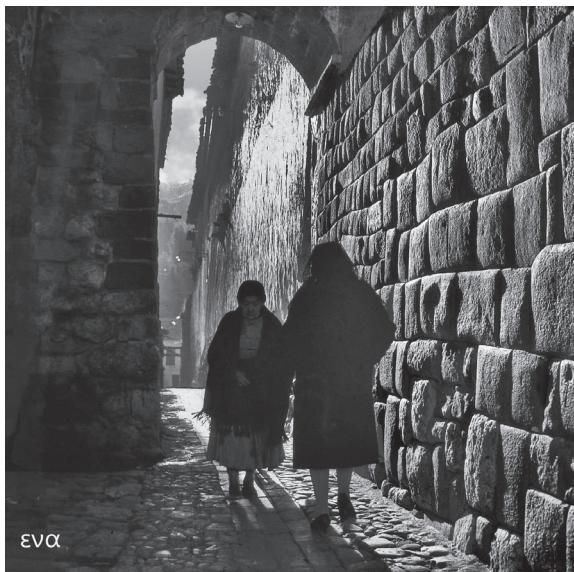


Hace algunos años Eva se mudó y actualmente vive en un departamento, también ubicado en Miraflores, en donde funcionaba su estudio fotográfico. Ya no tiene jardín, pero este ha sido eficientemente sustituido por una serie de bellas jardineras en todas las ventanas. Con la valiosa ayuda de José Antonio —listero y arquitecto—, logró que sus más preciados tesoros, como el piano de Hans, por ejemplo, cupieran perfectamente en su nuevo hogar. El buen gusto de Eva hizo todo lo demás. Allí Eva vive feliz, sin televisor y acompañada de sus libros (es una lectora voraz). Los tres hijos de Eva, quienes residen en el extranjero, se comunican permanentemente con ella y, con relativa frecuencia, todos se reúnen en familia.

Antes de concluir la presente semblanza, quiero contar que Eva tuvo el desprendimiento de cederme varias fotos tomadas por ella para ilustrar mi libro de cuentos

y relatos *El Señor de Palpa* (Milla Batres, 2003). Asimismo, parte de las luces que utilizó en su larga carrera de fotógrafa brillaron alguna vez en el estudio de fotografía que ella misma me ayudó a instalar. También me prestó «por tiempo indefinido» los fascículos del voluminoso curso por correspondencia que

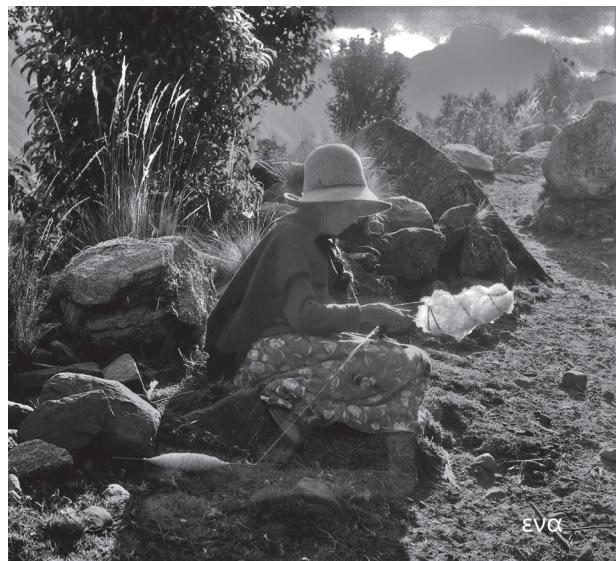
tomó en el New York Institute of Photography. Y en la celebración de uno de mis cumpleaños, Eva se presentó con un regalo invaluable: nada menos que su paraluz. Como podrán imaginar, me sentí profundamente emocionado con ese gesto. Una vez más, gracias, querida Evita, por ser como eres: alegre, servicial, generosa, sincera, directa y, sobre todo, tan buena amiga.



Cusco.



Ceremonia de las velas, Huancayo.



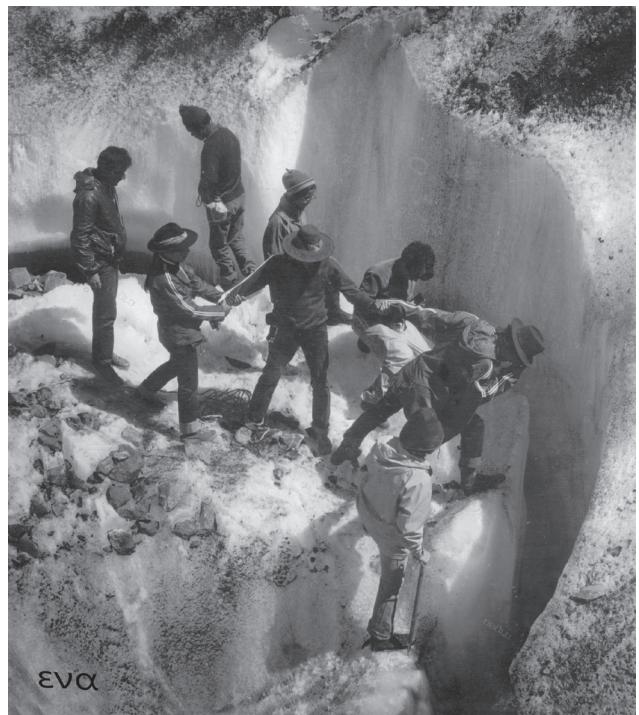
Callejón de Huaylas, Áncash



Telar primitivo de cintura, Cusco.



Molla, Ayacucho.



Glaciar, Áncash.



Vieja hilando.

Atrapando el tiempo

a Eva Lewitus

Porque sé reconocer la escena perfecta,
el ángulo exacto / el instante preciso.

Porque soy capaz / de congelar el tiempo
para luego contemplarlo / con toda calma.

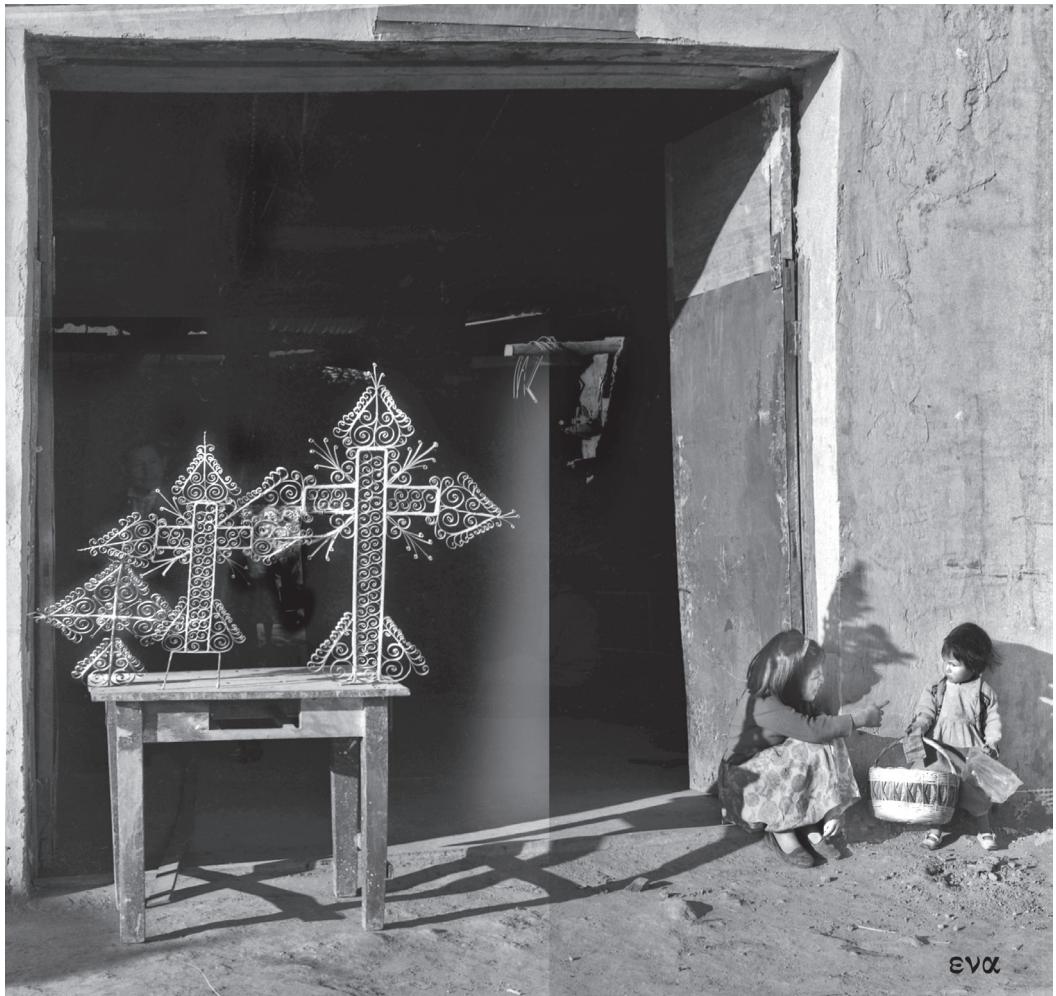
Y destacar una pulga / sobre un león,
si se me antoja;
haciéndola gigante, brillar como el neón;
y soplar al felino / como una hoja.

Porque pinto con luz / el cielo y la cruz
y leo en los rostros / los surcos del alma.
Porque anoto las sombras / de la noche dormida
y el aleteo de la vida / sin restricción.

Porque dan y quitan:
las imágenes gritan / patean y saltan.
Denuncian a quienes violan,
golpean y asaltan.

Pero, sobre todo,
porque la belleza fugaz,
ahora delirante / que en un instante
se habrá marchitado,
ya la habré atrapado...

Frank Otero Luque



Ayacucho.